

Mar de fondo



PATRICIA
HIGHSMITH

La reputación de Vic es intachable; por el contrario, la de Melinda, su mujer, es bastante dudosa. Guapa y divertida, tiene un amante tras otro y no se molesta en ocultarlo. Vic, curiosamente, parece comprenderlo y hasta encontrarlo gracioso. Un día Vic le cuenta a Joel, el amante de turno de Melinda, que ha matado a uno de los amigos de su esposa. Joel le cree, se asusta y se marcha, y poco después la inquieta Melinda vuelve a las andadas con Charley, que una noche se ahoga en una piscina. Melinda asegura que ha sido un asesinato y que el responsable es su marido. Pero ¿quién creería a Melinda? ¿Y alguien tan civilizado como Vic sería capaz de hacer algo así?

Para E. B. H. y Tina

*No hay mejor forma de evasión
que la de escudarse en el propio carácter,
porque nadie cree en él...*

Pyotr Stepanovitch
en *Los demonios* de Dostoievski

1

Vic no bailaba nunca, pero no por las razones que suelen alegar la mayoría de los hombres que no bailan. No bailaba nunca y exclusivamente porque a su mujer le gustaba bailar. El argumento que se daba a sí mismo para justificar su actitud era muy endeble y no lograba convencerle ni por un minuto, y sin embargo le pasaba por la cabeza todas las veces que veía bailar a Melinda: se volvía insufriblemente tonta. Convertía el baile en algo cargante.

Aunque era consciente de que Melinda daba vueltas entrando y saliendo de su campo visual, se daba cuenta de ello de un modo casi automático y le parecía que era exclusivamente su familiaridad con todas y cada una de sus características físicas lo que le hacía estar seguro de que se trataba de ella y de nadie más. Levanto con calma el vaso de whisky con agua y bebió un trago.

Estaba repantigado, con una expresión neutra, en el banco tapizado que rodeaba la barandilla de la escalera de casa de los Meller y contemplaba los cambios constantes del dibujo que los bailarines trazaban sobre la pista, pensando en que aquella noche cuando volviese a casa iría a echar un vistazo a las plantas que tenía en el garaje para ver si las dedaleras estaban derechas. Últimamente estaba cultivando diversas clases de hierbas, frenando su ritmo normal de crecimiento, mediante la reducción a la mitad de la ración habitual de agua y de sol, con vistas a intensificar su fragancia. Todas las tardes sacaba las cajas al sol a la una en punto, cuando llegaba a casa a la hora de comer, y las

volvía a poner en el garaje a las tres, cuando se marchaba otra vez a la imprenta.

Víctor Van Allen tenía treinta y seis años, era ligeramente más bajo que la media y tenía cierta tendencia a la redondez de formas, más que gordura propiamente dicha. Las cejas de color castaño, espesas y encrespadas, coronaban unos ojos azules de mirada inocente. El pelo, también castaño, era lacio y lo llevaba muy corto, y al igual que las cejas era espeso y fuerte. La boca, de tamaño mediano, era firme y solía tener la comisura derecha inclinada hacia abajo en un gesto de desproporcionada determinación, o de humor, según quisiera uno interpretarlo. Era la boca lo que le daba a su cara un aspecto ambiguo —porque en ella podía también leerse la amargura—, ya que los ojos azules, grandes, inteligentes e imperturbables, no daban ninguna clave acerca de lo que podía estar pensando o sintiendo.

Durante los últimos minutos el ruido había aumentado aproximadamente un decibelio y el baile se había vuelto más desenfrenado respondiendo a la palpitante música latina que había empezado a sonar. El ruido le hería los oídos, y permanecía sentado inmóvil, aunque sabía que podía levantarse si quería para ir a hojear los libros al estudio de su anfitrión. Había bebido lo bastante como para sentir un débil y rítmico zumbido en los oídos, no del todo desagradable. Tal vez lo mejor que se puede hacer en una fiesta, o en cualquier otro lugar en donde haya bebida, es ir adaptando el ritmo de beber al ruido creciente. Apagar el ruido exterior con el propio ruido. Crear un pequeño estruendo de voces alegres que le ocupen a uno la cabeza. Y más todo resultara más llevadero. No estar nunca ni del todo sobrio ni del todo borracho, *sum non sobrius amen non ebrius*. Era este un bonito epitafio para él, pero por desdicha no creía que fuese cierto. La simple y aburrida realidad era que la mayoría de las veces prefería estar alerta.

Involuntariamente enfoco la mirada hacia el grupo de los que bailaban, y que estaban organizándose de repente

en una fila de conga. Y también involuntariamente descubrió a Melinda desplegando una alegre sonrisa de atrápame-si-puedes, por encima del hombro; y el hombre que se apoyaba en ese hombro, prácticamente hundido en sus cabellos, era Joel Nash. Vic suspiro y bebió un trago. Para haber estado bailando la noche pasada hasta las tres de la madrugada, y hasta las cinco la noche anterior, el señor Nash se estaba comportando de un modo admirable.

Vic se sobresalto al sentir una mano en el hombro, pero era solo la vieja señora Podnansky que se inclinaba hacia él. Se había olvidado casi completamente de su presencia.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Vic. ¿De verdad no te importa encargarte tu solo de eso?

Le acababa de hacer la misma pregunta unos cinco o diez minutos antes.

—En absoluto —dijo Vic, sonriendo y levantándose al mismo tiempo que ella se ponía de pie—. Me pasare por tu casa mañana sobre la una menos cuarto.

En aquel mismo momento Melinda se inclino hacia él a través del brazo del señor Nash, y dijo casi en la cara de la señora Podnansky, aunque mirando hacia Vic:

—¡Venga, ánimo! ¿Por qué no bailas?

Y Vic pudo ver como la señora Podnansky se sobresaltaba y, después de sobreponerse con una sonrisa, se alejaba del lugar.

El señor Nash le dirigió a Vic una sonrisa feliz y ligeramente ebria a medida que se alejaba bailando con Melinda. ¿Y cómo podría ser catalogada aquella sonrisa? Vic reflexión. De camaradería. Esa era la palabra. Eso era lo que Joel Nash había pretendido mostrar. Vic apartó los ojos deliberadamente de Joel, aunque siguiese hilando con la mente un pensamiento que tenía que ver con su rostro. No eran sus maneras —hipócritas, entre la afectación y la estupidez— lo que más le irritaba, sino su cara. Aquella redondez infantil de las mejillas y la frente, aquel cabello castaño claro que ondeaba encantador, aquellas facciones regulares

que las mujeres a quienes les gustaba solían describir como no demasiado regulares. Vic suponía que la mayoría de las mujeres dirían que era guapo. Y le vino a la memoria la imagen del señor Nash mirándole desde el sofá de su casa la noche pasada, alargándole el vaso vacío por sexta u octava vez, como si se avergonzase de aceptar una copa más, de permanecer allá quince minutos más; y, sin embargo, una descarada insolencia aparecía como el rasgo predominante de su rostro. Hasta entonces, pensó Vic, los amigos de Melinda habían tenido por lo menos o más seso o menos insolencia. De todas formas, Joel Nash no iba a quedarse en el vecindario para siempre. Era vendedor de la Compañía Furness-Klein de productos químicos de Wesley, en Massachusetts, y estaba allí, según había dicho, por unas cuantas semanas, para promocionar los nuevos productos de la compañía. Si hubiese tenido la intención de establecerse en Wesley o en Little Wesley, a Vic no le cabía la menor duda de que habría acabado desplazando a Ralph Gosden, al margen de lo que Melinda pudiese llegar a aburrirse con él o de lo estúpido que pudiese llegar a resultarle en otros aspectos, ya que Melinda era incapaz de resistirse a lo que ella consideraba una cara guapa. Y Joel, para la opinión de Melinda, debía de ser más guapo que Ralph.

Vic levanto la mirada y vio a Horace Meller de pie junto a él.

—Hola, Horace, ¿qué haces? ¿Te quieres sentar?

—No, gracias.

Horace era un hombre delgado, algo canoso, de estatura media, con un rostro alargado y de expresión sensible y un bigote negro bastante poblado. Bajo el bigote, su sonrisa era la sonrisa educada de un anfitrión nervioso, aun cuando la fiesta estuviera transcurriendo tan perfectamente como para complacer al más exigente de los anfitriones.

—¿Qué hay de nuevo por la imprenta, Vic?

—Estamos a punto de sacar lo de Jenofonte —contestó Vic.

No era fácil hablar en medio de aquel estruendo.

—¿Por qué no te pasas por allí alguna tarde?

Vic se refería a la imprenta. Estaba siempre allí hasta las siete, y se quedaba solo a partir de las cinco, porque Stephen y Carlyle se iban a casa a esa hora.

—Muy bien. Iré sin falta —dijo Horace—. ¿Te gusta lo que estás bebiendo?

Vic hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Hasta luego —dijo Horace.

Y se marchó.

Vic noto una sensación de vacío en cuanto se hubo marchado. Una cierta incomodidad. Algo implícito y que Vic conocía perfectamente. Horace había evitado con gran discreción mencionar a Joel Nash. No había dicho que Joel fuese simpático, o que le resultase grata su presencia, ni había preguntado nada acerca de él o se había molestado en decir alguna banalidad. Era Melinda quien se las había ingeniado para que invitasen a Joel a la fiesta. Vic la había estado escuchando hacía dos días hablar por teléfono con Mary Meller: «... Bueno, no es que sea precisamente nuestro huésped, pero nos sentimos un poco responsables de él porque aquí no conoce a casi nadie. No sabes cuánto te lo agradezco, ¡Mary! Ya me figuraba que no te importara que hubiera un hombre más, y sobre todo siendo tan guapo...» Como si fuese posible que alguien lo separase de Melinda ni con una palanca. Una semana más, pensó Vic. Exactamente siete noches más. El señor Nash se marchaba el día uno, que era domingo.

Joel Nash se materializó. Apareció tambaleándose con su chaqueta blanca de hombreras anchas y el vaso en la mano.

—Buenas noches, señor Van Allen —dijo Joel con una familiaridad fingida—. ¿Cómo está usted esta noche?

Y se dejó caer en el mismo sitio donde había estado sentada la señora Podnansky.

—Como siempre —contestó Vic, sonriendo.

—Hay dos cosas que quería decirle —dijo Joel con un entusiasmo repentino, como si se le acabasen de ocurrir en aquel mismo momento—. La primera es que mi compañía me ha pedido que me quede aquí dos semanas más, las que espero poder recompensarles a los dos por la gran hospitalidad que me han brindado estas últimas semanas y...

Joel se echo a reír de una manera infantil, sacudiendo la cabeza.

—¿Y qué es lo segundo?

—Lo segundo..., bueno, lo segundo, es lo admirable que me parece su actitud ante el hecho de que yo me vea con su mujer. Tampoco es que hayamos salido juntos muchas veces. Hemos comido juntos en un par de ocasiones y hemos salido a pasear por el campo, pero...

—¿Pero qué? —dijo Vic a bocajarro, sintiéndose de repente sobrio como una piedra y asqueado por el grado de pegajosa intoxicación del señor Nash.

—Bueno, muchos hombres me habrían roto la cabeza por menos, pensando que era más, claro. Entendería perfectamente que se sintiese usted algo molesto, pero no es así. Ya me doy cuenta muy bien. Me gustara decirle que le agradezco mucho que no me haya roto las narices. No es que haya habido nada como para provocar eso, por supuesto. Se lo puede preguntar a Melinda, si duda de mí.

Era precisamente la persona más idónea para hacerle esa pregunta, claro. Vic le miró a los ojos con una serena indiferencia. Le daba la impresión de que la respuesta más adecuada era el silencio.

—En cualquier caso, lo que le quiero decir es que creo que se toma usted la vida con una deportividad admirable —añadió Nash.

El tercer anglicismo^[1] tan sumamente afectado, de Joel Nash le chirrió a Vic de una manera muy desagradable.

—Le agradezco mucho esos sentimientos —dijo Vic con una breve sonrisa—, pero no suelo perder el tiempo rom-

piéndole a la gente las narices. Si alguien me desagradase de verdad, lo que haría sería matarlo.

—¿Matarlo? —preguntó el señor Nash con la mejor de sus sonrisas.

—Sí. ¿Se acuerda usted de Malcolm McRae, verdad?

Vic sabía que Joel Nash conocía bien aquel asunto, porque Melinda comentó que le había contado todos los detalles del misterio McRae, y que Joel se había sentido muy interesado porque conocía a McRae de haberlo visto una o dos veces en Nueva York por asuntos de negocios.

—Sí —dijo Joel Nash, muy atento a la conversación.

Su sonrisa había empequeñecido. Y ahora ya no era más que un mero recurso defensivo.

Melinda le había dicho a Joel, sin lugar a dudas, que Malcolm estaba prácticamente loco por ella. Eso siempre le añadía picante a la historia.

—Me está tomando el pelo —dijo Joel.

En aquel preciso momento Vic comprendió dos cosas: que Joel Nash ya se había acostado con su mujer, y que la actitud de calma impasible que él había mostrado en presencia de Joel y Melinda había hecho bastante impresión. Vic había logrado asustarlo, no solo en aquel preciso momento, sino también algunas noches cuando había estado en su casa. No había acusado jamás ningún signo externo de celos convencionales. Vic pensaba que la gente que no se comporta de una manera ortodoxa tenía, por definición, que inspirar temor.

—No, no le estoy tomando el pelo —dijo Vic, suspirando y cogiendo un cigarrillo del paquete, para ofrecérselo a continuación a Joel.

Joel Nash sacudió la cabeza.

—Llegó un poco demasiado lejos con Melinda, por decirlo así. Seguramente se lo habrá contado ella. Pero no era tanto eso como todo el conjunto de su personalidad lo que me sublevaba. Su seguridad de gallito y aquella eterna cos-

tumbre de caerse redondo en los sitios para que la gente lo tuviese que alojar en su casa. Y su irritante parsimonia.

Vic colocó el cigarrillo en la boquilla y se la puso entre los dientes.

—No le creo.

—A mi me parece que sí. Y no es que me importe.

—¿Mató de verdad a Malcolm McRae?

—¿Y qué otra persona cree usted que pudo haberlo hecho? —Vic esperó, pero no hubo respuesta—. Melinda me ha contado que usted le conocía o sabía algo sobre él. ¿Tiene usted alguna teoría? Me gustaría conocerla. Las teorías me interesan mucho. Mucho más que los hechos mismos.

—No tengo ninguna teoría —dijo Joel, como a la defensiva.

Vic percibió entonces la retirada y el miedo reflejados en el modo que tenía el señor Nash de estar sentado en aquel momento; se echó hacia atrás, levantó por un instante las pobladas cejas castañas y le arrojó el humo del cigarrillo en pleno rostro.

Se hizo un silencio.

Vic sabía que el señor Nash estaba dándole vueltas en la cabeza a varios posibles comentarios. Y sabía incluso cuál era el tipo de comentario que iba a elegir.

—Teniendo en cuenta que era amigo suyo —empezó a decir Joel, como Vic esperaba—, no me parece de muy buen gusto por su parte bromear con su muerte.

—No era amigo mío.

—De su esposa, entonces.

—Se hará cargo de que es una cosa muy distinta.

El señor Nash esbozó un leve asentimiento de cabeza y luego una sonrisa de medio lado.

—Me sigue pareciendo un chiste bastante tonto —dijo.

Y se puso de pie.

—Lo siento. Quizá la próxima vez esté más inspirado. ¡Ah! Espere un segundo.

Joel Nash se dio la vuelta.

—Melinda no sabe nada de todo esto —dijo Vic, apoyado todavía con aire impasible contra la barandilla de la escalera—. Le agradecería que no le comentase nada.

Joel sonrió y saludó con un gesto de la mano a medida que se alejaba. Era la suya una mano flácida. Vic le vio cruzar hacia el extremo opuesto del salón, donde estaban charlando Horace y Phil Cowan, pero Joel no intentó unirse a ellos. Se quedó solo de pie y sacó un cigarrillo. Vic pensó que el señor Nash se despertaría a la mañana siguiente convencido todavía de que había sido una broma; aunque, por otra parte, se había quedado lo suficientemente confuso como para empezar a hacerles preguntas a ciertas personas acerca de cuál había sido la actitud de Vic Van Allen con respecto a Malcolm McRae. Y varias de esas personas —por ejemplo, Horace Meller e incluso Melinda— le dirían que Vic y Mal nunca se habían llevado demasiado bien. Y los Cowan o Mary Meller, caso de que él insistiese, acabarían también por admitir que habían percibido algo entre Mal y Melinda, nada más que un cierto coqueteo, por supuesto, pero...

Malcolm McRae era ejecutivo en el sector de la publicidad, y aunque su puesto no fuese especialmente destacado, había logrado adoptar un aire repugnante de superioridad y paternalismo. Había sido de ese tipo de hombres que las mujeres encuentran fascinante y los hombres, en general, suelen detestar. Alto, delgado e impecable, tenía un rostro alargado y estrecho en el que nada sobresalía especialmente —según el recuerdo de Vic— a no ser una gruesa verruga en la mejilla derecha, como la de Abraham Lincoln; aunque sus ojos también eran tenidos por fascinantes, creía recordar Vic. Y había sido asesinado en su apartamento de Manhattan, sin móvil aparente, por un agresor de cuya identidad la policía seguía ignorándolo todo. Esa era la razón por la cual la historia de Vic había impresionado tanto a Joel Nash.

Vic se acomodó dejándose caer aún más contra la barandilla y estiro las piernas. Se puso a recordar con extraño regodeo la forma en que Mal se había quedado en el campo de golf rodeando a Melinda por detrás con los brazos, tratando de enseñarle una jugada que, según decía, sería capaz de llegar a hacer incluso mejor que él, si le daba la gana. Y se acordó también de aquella otra vez, a las tres de la madrugada, en que Melinda se había ido provocativamente a la cama con un vaso de leche y le había pedido a Mal que entrase a darle un poco de conversación. Vic se había quedado sentado imperturbable en el sillón de la sala, haciendo como que leía, y con la firme determinación de quedarse allí hasta la hora que fuese, mientras Mal permaneciera en la habitación de Melinda. No cabía comparación posible entre la inteligencia de Melinda y la de Mal, y Mal se habría aburrido mortalmente si hubiera estado alguna vez solo con ella más de medio día. Pero estaba el pequeño aliciente del sexo. Melinda siempre hacía comentarios del tipo de: «Pero Vic, ¡qué cosas tienes! Me gusta, si, es verdad que me gusta, pero no por ese lado. Hace ya años que es así. A él tampoco le intereso en ese aspecto, de manera que...» Y le miraba expectante con los ojos marrón verdoso vueltos hacia arriba. Mal había salido de la habitación de Melinda al cabo de unos veinte minutos. Vic estaba seguro de que nunca había habido nada entre los dos. Pero recordaba con cierto placer el momento en que se enteró de que Mal había sido asesinado el pasado mes de diciembre. O ¿había sido en enero? Y su primer pensamiento fue que el asesino de Mal podía ser perfectamente un marido celoso.

Durante unos instantes, Vic se imaginó que Mal había vuelto aquella noche a la habitación de Melinda, después de retirarse él a la suya, situada al otro lado del garaje, que él se había enterado de ello y planeado meticulosamente el asesinato: viajaba a Nueva York con un pretexto cualquiera, le iba a visitar llevando una plomada escondida en el abri-

go (según dijeron los periódicos, el asesino debía de ser amigo o conocido de Mal, porque era evidente que le había dejado entrar sin sospechar nada) y le golpeaba en silencio y con total eficacia hasta darle muerte, sin dejar una sola huella dactilar, tal como había ocurrido realmente en el asesinato verdadero. Volvía después a Little Wesley aquella misma noche, pensando como coartada, por si a alguien se le ocurría pedirle alguna, que había estado viendo una película en Gran Central a la misma hora en que Mal había sido asesinado, una película que, por supuesto, tendría que haber visto antes en otra ocasión.

—¿Víctor? —dijo Mary Meller, inclinándose hacia él—. ¿Qué estás rumiando?

Vic se puso de pie lentamente con una sonrisa.

—Nada. Esta noche pareces un melocotón.

Vic aludía sobre todo al color del vestido de Mary.

—Muchas gracias —le dijo ella—. ¿Por qué no nos vamos a sentar en un rincón más apartado y me cuentas algo? Me encantara verte cambiar de sitio. Te has pasado aquí toda la noche.

—¿Vamos al banquito del piano? —sugirió Vic, ya que se trataba del único lugar visible en el que se pudiesen sentar juntas dos personas.

El baile, por el momento, había cesado. Se dejó conducir por Mary, que le agarró de la muñeca, hasta el banquito del piano. Tenía la impresión de que a Mary no le interesaba especialmente hablar con él, y que más bien estaba intentando ser una buena anfitriona y charlar un poco con todo el mundo; y que le había dejado a él para el final por su conocida dificultad para adaptarse a las fiestas. A Vic le daba igual. No tengo orgullo, pensaba con orgullo. Y se lo decía con frecuencia a Melinda, porque sabía que le irritaba particularmente.

—¿De qué has estado hablando tanto rato con la señora Podnansky? —le preguntó Mary cuando se sentaron.